



*HERALDOS DEL
EVANGELIO*



E-book

*La Poderosa
Medalla de
San Benito*

ÍNDICE

UN ESCUDO CONTRA LOS EMBATES DEL MAL	3
UN PUNTO EN COMÚN	7
LA PODEROSA MEDALLA DE SAN BENITO	13
<i>¿Quién fue San Benito de Nursia?</i>	15
<i>Una gran tentación, una victoria definitiva</i>	17
<i>La Orden de San Benito</i>	20
<i>Acompañaba a sus discípulos</i>	23
<i>«Ora et labora»</i>	25
<i>La muerte de San Benito</i>	26
<i>La historia de la medalla</i>	27
<i>El significado de la medalla</i>	30
<i>El Bautismo y la señal de la cruz</i>	34
<i>El origen del poder de la Medalla de San Benito</i>	35
<i>Oración para pedir gracias</i>	38

UN ESCUDO CONTRA LOS EMBATES DEL MAL

Este mes de julio, la Santa Iglesia celebra una fecha muy importante para el cristianismo: el día de una de las figuras más importantes del catolicismo.

Nacido en el siglo v en Nursia, Italia, San Benito fue el fundador de la mayor orden monástica que, desde su fundación, ¡ha dado al mundo veintitrés papas, cinco mil obispos y tres mil santos! También fue el creador de la famosa *Regla de San Benito*, uno de los reglamentos más importantes y utilizados de la vida monástica, que inspiró a muchas



Vista de Nursia, Italia

otras comunidades religiosas a lo largo de los siglos.

Sin embargo, su legado no se limitó a las órdenes religiosas; dejó una posesión muy preciada, que ha llegado hasta nosotros en forma de medalla.

La Medalla de San Benito podría ser un objeto de piedad más, como tantos que existen en la piedad católica. Sin embargo, contiene símbolos cuyo significado no se encuentran en ningún otro.

Con la Cruz en una cara, rodeada de letras aparentemente sin sentido, y en la otra una imagen del abad sosteniendo un libro en su mano izquierda y una cruz en la derecha, con una serpiente y un cuervo a su lado y una frase en latín a su alrededor, esta medalla contiene un poderoso exorcismo y el resumen de la vida de San Benito: «Todo por la Cruz de Nuestro Señor».



Llevar correctamente la Medalla de San Benito nos garantiza la defensa contra los embates del mal, nos protege de una serie de enfermedades y dificultades materiales y nos ayuda a superar las tentaciones para evitar caer en el pecado.

Si se pregunta cómo es posible que una simple medalla contenga todas estas cosas, lea este libro hasta el final y sorpréndase con la historia de la vida de este santo, que fue contada por el papa San Gregorio Magno.

La Medalla de San Benito no es un amuleto, ni un talismán, es un sacramental que hace temblar al infierno, y su importancia es tal que llevarla garantiza a los fieles una indulgencia plenaria el 11 de julio, fiesta del Patriarca San Benito.





UN PUNTO EN COMÚN

Las bombillas de las dos últimas farolas se habían fundido una vez más. Y la joven se lamentó por no haberse quejado al departamento responsable del alumbrado público en el ayuntamiento. La oscuridad se hizo más intensa en aquella noche sin luna, cuando incluso el lejano resplandor de las estrellas quedó oculto por las densas nubes. Ella camina, y el sonido de sus pasos le hace pensar que la están persiguiendo.

Hay diez manzanas desde la parada del autobús hasta su casa, casi un kilómetro a pie por una calle estrecha, oscura y sombría. El miedo le oprime el corazón y acelera sus latidos. Sabe que el sacrificio de trabajar durante el día y estudiar por la noche garantizará su futuro y el de su modesta familia, pero nunca se ha acostumbrado al trayecto, en el que los viejos almacenes perpetuamente cerrados junto a la estación de ferrocarril abandonada, que sirve de refugio a drogadictos, hacen aún más lúgubre el frío aire nocturno.

Oye el sonido de pasos. Camina más deprisa. Las otras pisadas también aceleran su marcha. Sabe que no es cosa de su imaginación. Está segura de que la siguen. Su corazón late con más fuerza, su respiración se hace más corta: es el precio de llevar el aire a sus pulmones. Una risa rompe el silencio de la noche y nuevas pisadas se unen a las primeras.

—¡Es nuestra!

Al oír estas palabras, la joven se asusta aún más. Se lleva la mano temblorosa al cuello y agarra la medalla que cuelga de la cadena. Comienza a balbucear las primeras palabras de la oración que le enseñó su abuela:

—¡Que la Santa Cruz sea mi luz! ¡Que la Santa Cruz sea mi luz!

El ritmo de los pasos detrás de ella aumenta. Su corazón se acelera. La fe vence al miedo. Piensa en correr, pero sus piernas temblorosas no obedecen.

—¡Protégeme, San Benito! ¡Que la Santa Cruz sea mi luz!

Suelta un grito cuando un hombre corpulento aparece de repente y se detiene frente a ella, procedente de un cruce de caminos. Le hace señas para que no grite.

—¡No debería caminar sola a estas horas, jovencita! Es demasiado peligroso.

—¡Por favor, no me haga daño...!

—Soy vigilante nocturno. ¿Vive por aquí? Puedo acompañarla hasta su casa, si lo desea.

Respira aliviada, a pesar del susto, cuando ve que una medalla igual a la suya cuelga del cuello de aquel hombre por encima de su camiseta. Los hombres que la perseguían sueltan unas maldiciones y desaparecen en la oscuridad.

El vigilante la acompaña hasta la puerta de su casa y espera a que entre, antes de irse. Ella le da las gracias y le pregunta:

—Siempre paso por esta calle y nunca le he visto aquí. Y tampoco he visto nunca a un guardia de seguridad a pie. ¿Dónde trabaja?

—Trabajo por la zona. Sentí que había alguien en peligro...

Al otro lado de la ciudad, en el pasillo de un hospital, una madre angustiada habla con un médico.

—Si tiene fe, rece, porque hemos agotado todos los recursos médicos. Su hijo está en manos de Dios. Es un caso muy grave. Sólo un milagro puede salvar la vida de su hijo.

Una anciana sale de la habitación de enfrente, mira a la angustiada madre y le habla de forma muy tranquilizadora:

—¡Cálmese, su hijo no va a morir!

Tiene un rosario en la mano del que cuelga una pequeña medalla junto a la cruz.

—Ésta es la medalla de San Benito. Colóquela bajo la almohada del niño y rece con fe.

Pocos días después, el niño, que estaba en coma, desahuciado por los médicos tras haber sufrido un traumatismo craneal causado por el atropello de un coche, fue dado de alta del hospital y salió con sus padres. Llevaba puesta la medalla de San Benito, con un cordón improvisado.

Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Cuando aquella tarde salió de casa para ir a trabajar, su madre le dijo que tuviera cuidado, mientras le metía algo en el bolsillo de la camisa.

—Ten cuidado, hijo mío, tengo un mal presentimiento. He estado rezando para que encontraras otro trabajo. No me gusta esto de que trabajes hasta las diez de la noche.

—No te preocupes, mamá, todo va bien. Lo importante es que he conseguido un trabajo.

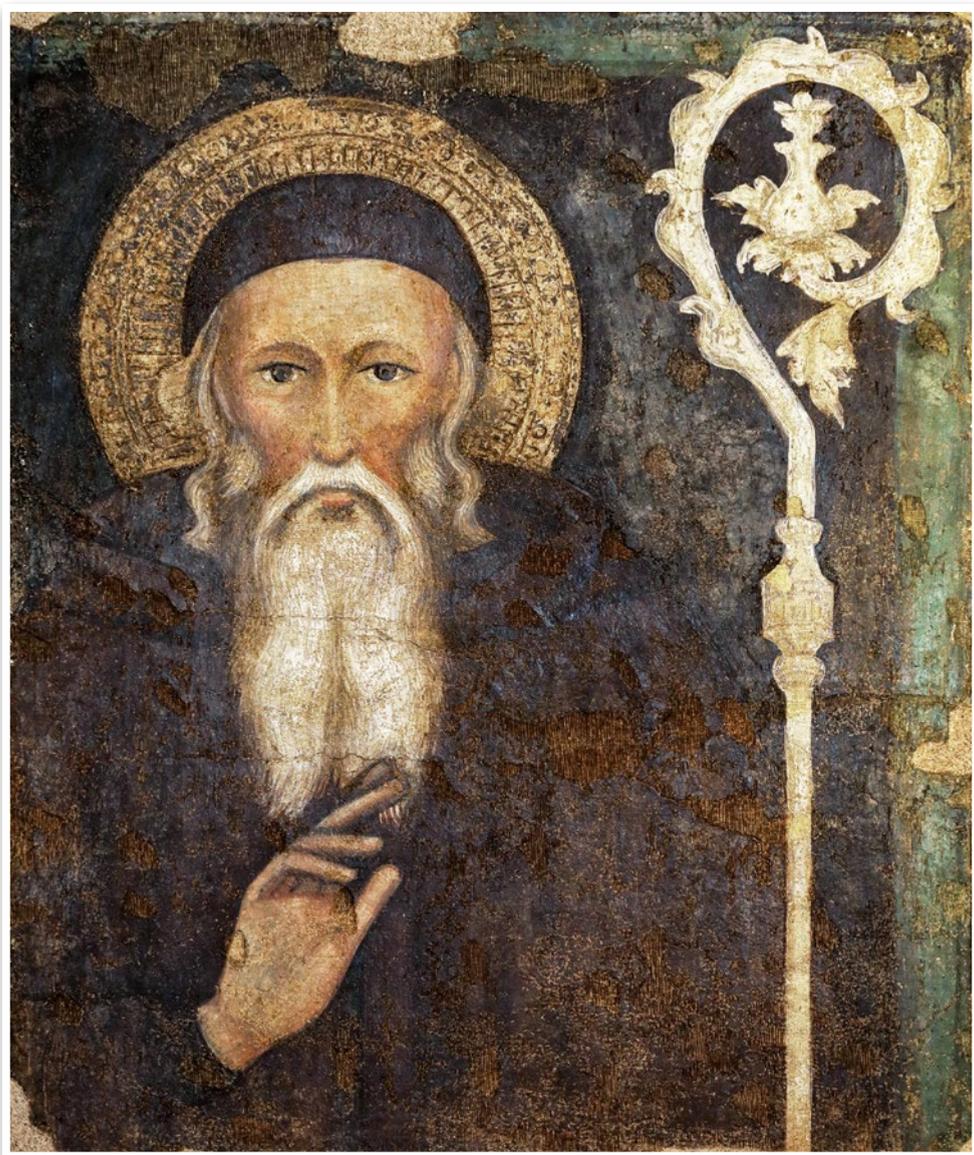
Su trabajo era de empaquetador en un supermercado. Una ocupación sencilla, con

la que el joven estaba contento después de pasar casi dos años en paro. Todo iba bien hasta que un compañero, repartidor, empezó a sentirse mal y le pidió que hiciera una pequeña entrega por él, a sólo tres calles del supermercado, en la casa de una señora discapacitada.

No era su trabajo, pero aceptó de buen grado hacerle aquel favor a su compañero. Al acercarse a la casa donde debía hacer la entrega, se encuentra con una discusión entre dos conductores. Agitados, salen de sus coches y discuten agresivamente, hasta que uno de ellos vuelve a entrar en su vehículo, coge un revólver de la guantera y sale disparando. El otro conductor se agacha y el joven empaquetador se encuentra en la línea de fuego, sintiendo un golpe seco en el pecho que lo derriba violentamente.

El joven se desmaya, más por el susto que por el impacto de la bala, que había rebotado en la medalla de San Benito que su madre le había puesto en el bolsillo. ¡La medalla le había salvado la vida!

Podríamos llenar páginas y páginas con relatos de milagros obtenidos por personas que llevan devotamente esta medallita, que tiene unas letras aparentemente sin sentido en un lado y, en el otro, la figura de un monje



San Benito - Museo de Santa Julia, Brescia, Italia

y algunos símbolos rodeados de expresiones en latín.

Estamos hablando de la poderosa Medalla de San Benito, cuya historia le invitamos a descubrir.

LA PODEROSA MEDALLA DE SAN BENITO

La Medalla de San Benito es un signo sagrado muy difundido entre los fieles católicos y recuerda la continua presencia y protección de Dios en nuestras vidas. Se han producido innumerables milagros gracias al uso de esta medalla a lo largo de los siglos. Es un poderoso instrumento de protección en casos de enfermedades graves, epidemias, envenenamientos y dificultades materiales; nos alerta frente a envidias y falsedades, pero sobre todo, nos presta una poderosa ayuda contra las asechanzas del demonio, los maleficios, los hechizos y la brujería. Nos concede la victoria sobre las tentaciones y es muy eficaz en casos de exorcismo.

Sin embargo, no es un amuleto ni un talismán con poderes mágicos. Es un sacramental, un signo visible de nuestra Fe, y llevarlo nos coloca bajo la protección especial de San Benito, ¡sobre todo cuando confiamos en los méritos de este gran santo y en la fuerza de la Cruz de nuestro Señor Jesucristo!

«Los sacramentales son signos sagrados con los que, imitando de alguna manera a los Sacramentos, se expresan efectos, sobre todo espirituales, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los Sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida» (Catecismo, núm. 1667).

La Medalla de San Benito fue elaborada por sus discípulos, los monjes benedictinos, y sus dos caras representan la esencia de toda la trayectoria vital del santo y su amor por la Santa Cruz. En 1742 fue reconocida y aprobada por el papa Benedicto XIV, que la oficializó como símbolo de Fe y consideró la oración del reverso de la medalla como una poderosa fórmula exorcística.



Benedicto XIV

Para comprender todo el simbolismo que encierra este sacramental, primero debemos conocer la vida de San Benito.

¿Quién fue San Benito de Nursia?

Hay períodos en la historia en los que el caos se desata hasta tal punto que muchos llegan a blasfemar diciendo que Dios ha abandonado definitivamente a la humanidad. Sin embargo, es precisamente en estos momentos terribles cuando Dios actúa con la mayor justicia y sabiduría. Estamos en el siglo V y podemos ver cómo sucede lo inimaginable: el poderoso y durante mucho tiempo invicto Imperio romano se está disolviendo, devastado por las implacables hordas de invasores bárbaros.

Pero ¿qué medios y qué hombres utilizaría Dios para sacar orden y esplendor de este desorden, ya que su Iglesia, por promesa divina, no podía perecer? El Espíritu Santo eligió a un joven para renovar aquella sociedad convulsa y establecer una nueva civilización. Sin embargo, este joven, al que un día llamaríamos San Benito, nacido en una familia noble de Nursia en el año 480, sintió la llamada del Señor a seguirlo en silencio y soledad.

Sus padres lo mandaron a Roma para estudiar retórica y filosofía, pero pronto se dio cuenta de que, para satisfacer el deseo sobrenatural que ardía en su corazón, no podía permanecer en aquella mezcla de barbarie y decadente cultura romana. Así que, en la flor

de su juventud, y sin haber empañado nunca su inocencia bautismal, abandonó hogar, posesiones y estudios, y partió en busca de un lugar solitario donde adquirir el conocimiento y el amor de Dios.



Affile, Italia

La localidad de Enfide, actual Affile, a unos 50 km de Roma, fue el lugar que eligió para su retiro. Se instaló allí con su antigua nodriza, que le proporcionaba servicios domésticos. Su objetivo era dedicarse a los estudios y practicar una vida de estricta disciplina.

Un pequeño incidente casero fue la ocasión de su primer milagro. Un día encontró a su nodriza llorando porque, por un descuido, había roto un tamiz hecho de arcilla que le había prestado una vecina para limpiar el trigo. Apiadándose de ella, Benito cogió los trozos

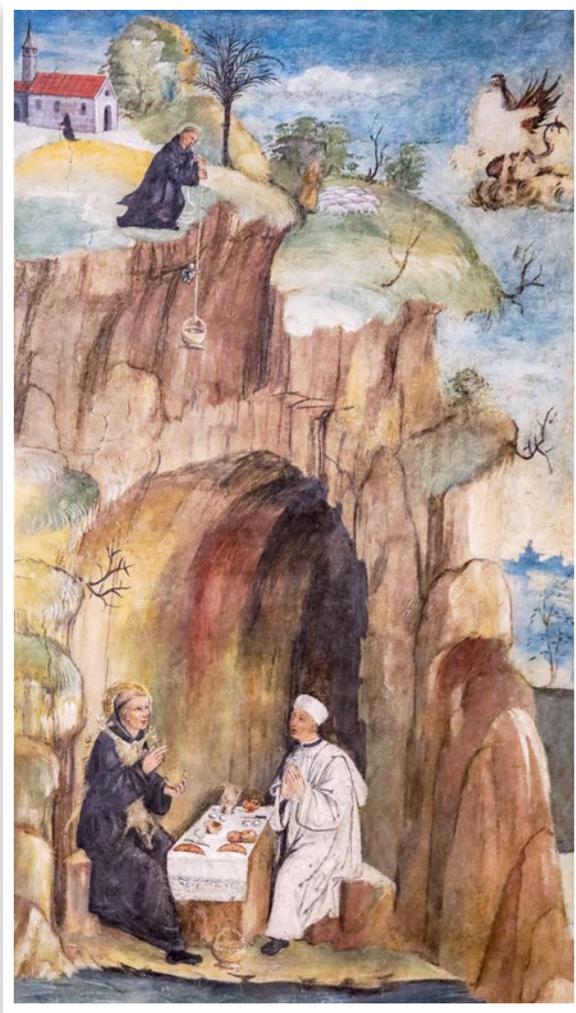
del tamiz, rezó, ¡y quedó perfectamente restaurado sin rastro de fracturas!

La noticia de este milagro corrió como la pólvora, y todo el mundo hablaba de San Benito. El papa San Gregorio Magno, que más tarde escribiría la historia de la vida de San Benito, dijo que deseaba «más sufrir los desprecios del mundo que recibir sus alabanzas». Así que, a la edad de veinte años, abandonó la casa de Enfi-de para buscar refugio en un lugar solitario llamado Subiaco, donde se alojó en una pequeña cueva y permaneció allí durante tres años.

Una gran tentación, una victoria definitiva

De camino a Subiaco, conoció a Romano, un monje que vivía en un monasterio cercano. Ciertos días, Romano, con una cuerda, le bajaba un trozo de pan hasta la cueva. Durante un tiempo, ésta fue la única comida del joven ermitaño. Pronto, sin embargo, se supo en toda la región dónde estaba, y muchas personas, que iban allí para alimentar sus almas, le llevaban comida.

Durante este período, el joven sufrió las más duras tentaciones diabólicas. Fuertemente probado en una ocasión contra la virtud de la pureza, estuvo a punto de ceder e incluso de abandonar su soledad. Ayudado, sin embargo,

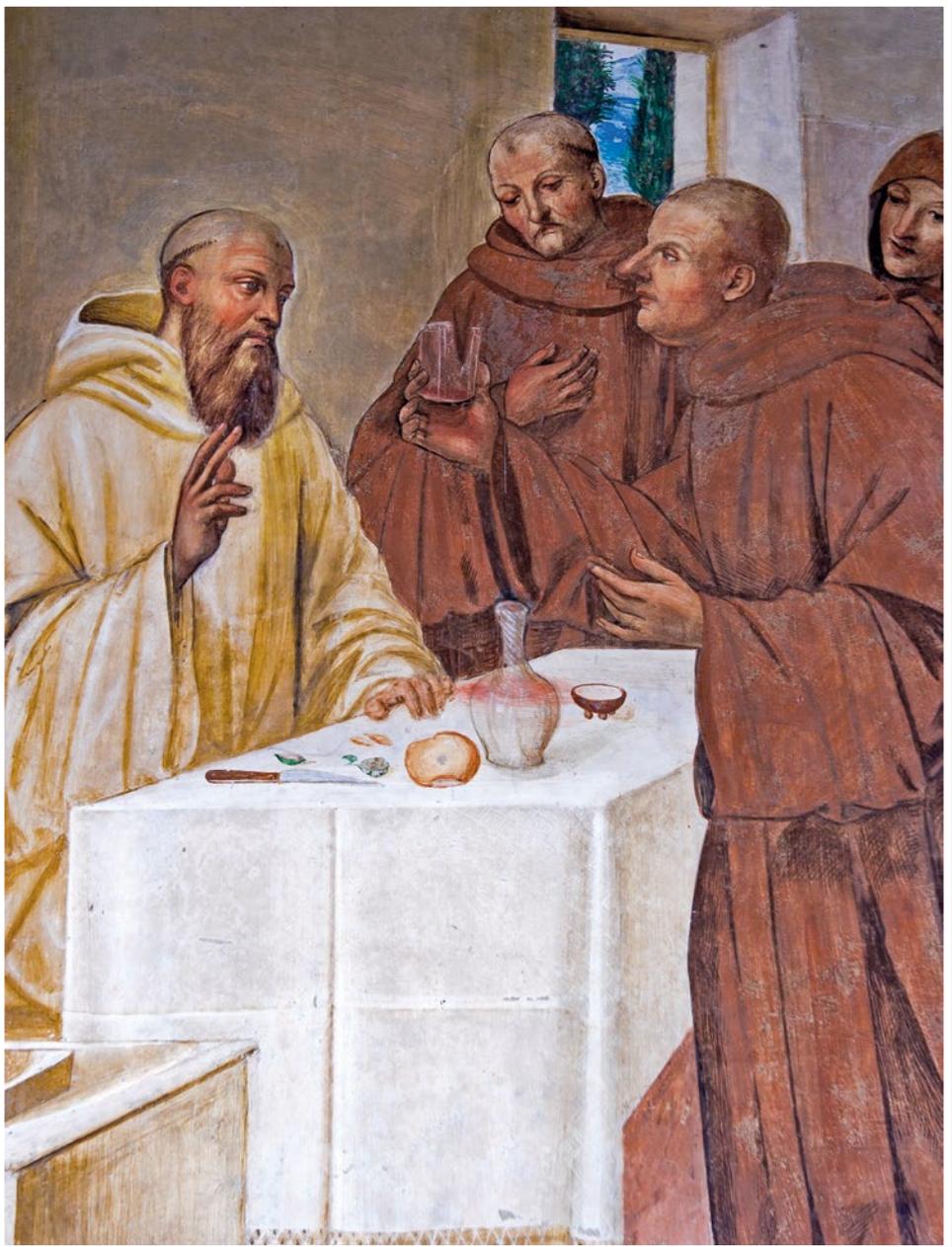


por la gracia divina, reaccionó despojándose de sus ropas y arrojándose a un matorral de espinas y ortigas, en el que se revolcó durante largo tiempo. Salió con el cuerpo herido, pero con el alma libre de tentaciones.

Durante los tres años que pasó allí en completo aislamiento, la fama de su santidad se fue extendiendo. Cuando murió el abad de un monasterio cercano, llamado Vicovaro, los monjes acudieron a pedirle que se hiciera cargo su comunidad.

Al principio, Benito se negó, pero cuando los religiosos insistieron, finalmente aceptó.

Pronto, sin embargo, estos monjes relajados y perezosos, arrepentidos de haber elegido como superior a un hombre que les exigía el camino de la perfección, decidieron matarlo poniéndole veneno en el vino. El santo trazó la señal de la cruz sobre la copa que le habían ofrecido, y ésta se hizo añicos. Al darse cuenta de lo que esto significaba, Benito abandonó el monasterio aquel mismo día y regresó a la soledad de su cueva.



La Orden de San Benito

Atraídos por el brillo de sus virtudes y la fama de sus milagros, muchos jóvenes sedientos de lo sobrenatural acudieron a la cueva para vivir bajo su guía. Así se formaron sucesivas comunidades. En total, San Benito estableció allí doce monasterios, eligiendo un abad para cada uno. Se fundó la orden benedictina, de la que surgirían veintitrés papas, cinco mil obispos y tres mil santos.

En esta época, Subiaco comenzó a ser visitada por importantes personajes de Roma que traían a sus hijos para que fueran educados en el espíritu benedictino. Entre ellos,



San Benito recibe a San Mauro y a San Plácido

el santo abad reclutó a dos de sus mejores discípulos: San Mauro (también conocido como San Amaro) y San Plácido.

Dios concedió ampliamente a su siervo el don de los milagros, y él los practicaba como algo natural.

El abastecimiento de agua de tres de los monasterios construidos en una alta montaña obligaba a los monjes a trabajar mucho. Le pidieron que se trasladara. Aquella misma noche, Benito rezó allí durante mucho tiempo y, antes de bajar, marcó un lugar con tres piedras. Al día siguiente dijo a los monjes:

—Vayan y excaven en la roca donde encuentren tres piedras superpuestas.

Una vez hecho esto, el agua brotó de allí, ¡y sigue fluyendo hoy en día!

San Benito había aceptado como monje a un hombre «pobre de espíritu», que provenía de los pueblos godos. Un día le encomendó la tarea de cortar la maleza junto al lago para plantar allí un huerto. El hombre estaba cortando vigorosamente la maleza cuando su guadaña se soltó del mango y cayó al lago en un lugar profundo. Angustiado, fue a confesar su «falta» a San Mauro. San Benito, informado de lo sucedido, se dirigió al lugar y clavó el extremo del mango en el agua. En ese momento, la guadaña surgió del fondo del lago y volvió a engancharse al mango.

—Toma, ¡trabaja y no te preocupes más!
—dijo el santo abad al monje.

Dios obró muchos otros milagros a través de su fiel siervo: curó a los enfermos, salvó a la gente del peligro, expulsó a los demonios, hizo que un monje caminara sobre el agua, rezó para ayudar a un pobre hombre perseguido por sus acreedores y, dos días después, el importe exacto de la deuda más un pequeño excedente aparecieron en el depósito de harina del monasterio, lo que permitió al hombre mantenerse durante un tiempo; curó a los leprosos, resucitó a los muertos, vio el alma de su hermana gemela, Santa Escolástica, entrar en el Cielo poco después de su muerte; y, sobre todo, convirtió a mucha gente, formó a muchos religiosos, fundando la que se convertiría en la mayor orden monástica de la historia de la Iglesia.

En cierta ocasión, un sacerdote de una iglesia cercana al monasterio donde vivía San Benito empezó a envidiar las virtudes del santo, su fama de santidad y su vida ejemplar. Movidado por un intenso odio hacia el abad, este sacerdote inició una verdadera campaña de difamación, llegando incluso a impedir que otras personas se acercaran a San Benito para pedirle consejo. Tenía tantos celos que decidió provocar la muerte del santo mandándole una hogaza de pan envenenado.



Al bendecir el pan, San Benito se dio cuenta de que estaba envenenado. En ese mismo momento, apareció ante él un cuervo que solía volar en busca de migajas. El santo le dio la hogaza entera y le ordenó que la arrojara lejos, donde nadie pudiera encontrarla. El pájaro cogió el pan con el pico y se fue volando.

Acompañaba a sus discípulos

Otro don único que el Señor se complacía en concederle era el de estar presente en espíritu con sus hijos espirituales allí donde su vigilancia de padre y fundador era necesaria. Dos episodios ilustran bien este prodigioso privilegio.

La regla estipulaba que los monjes no debían comer ni beber cuando salían del monasterio para cumplir alguna tarea. Un día,

dos monjes, que se habían quedado fuera hasta muy tarde, aceptaron la hospitalidad de una mujer piadosa que les sirvió comida y bebida. De regreso al monasterio, fueron a pedir a San Benito su bendición:

—¿Dónde comisteis?

—En ninguna parte —respondieron.

—¿Por qué mentís? ¿No fuisteis a casa de tal mujer y comisteis allí tal cosa, y bebisteis tantas veces?

Los dos culpables cayeron a sus pies y le pidieron perdón.

Cerca de Subiaco había una comunidad de mujeres virtuosas consagradas al servicio del Señor, a las que el santo enviaba a menudo un monje para prestarles asistencia espiritual. Un día, el monje encargado de esta misión aceptó unos pañuelos que le dieron de regalo y los escondió bajo su hábito, en el pecho. Al volver al convento, fue severamente reprendido por San Benito y se quedó estupefacto porque, habiendo olvidado ya la falta que había cometido, no entendía por qué le habían reprendido. Entonces el santo abad le dijo:

—¿No estaba yo presente cuando recibiste los pañuelos de las siervas de Dios y los guardaste en tu pecho?

«Ora et labora»

Aunque vivió tanto tiempo solo y alejado de la gente, San Benito fue el responsable de inaugurar una nueva etapa en la vida religiosa. Considerado el padre de los monjes y una de las figuras más importantes de la Iglesia Católica, fundó la orden benedictina, la primera orden monástica de la historia. Sus monjes eran reconocidos por vestir una túnica negra, que es el hábito que usan sus miembros hasta el día de hoy. Su hermana gemela, Santa Escolástica, se encargó de la rama femenina de la orden.

Metódico y disciplinado, San Benito se levantaba a las dos de la madrugada para recitar los salmos y pasaba horas rezando y meditando. Hacía también hora de trabajo manual, imitando a Jesucristo. Veía el trabajo como algo honroso.



Conversación entre San Benito y Santa Escolástica

Se abstenía de comer carne y ayunaba a diario, sin probar alimento alguno hasta la tarde. Acuñó el lema «*Ora et labora* — ora y trabaja», y creó una regla de vida monástica que acabó siendo utilizada por la mayoría de las órdenes religiosas. Su Regla se basa en tres principios: pobreza, obediencia y castidad.

La muerte de San Benito

El santo abad predijo el día de su propia muerte con meses de antelación. Seis días antes hizo preparar su tumba, y enseguida fue atacado por una violenta fiebre. Como su enfermedad se agravaba cada vez más, el día anunciado fue conducido al oratorio, donde,



fortalecido por la recepción de la Sagrada Eucaristía y sostenido por los brazos de sus discípulos, murió de pie con las manos elevadas al Cielo y los labios pronunciando su última oración.

Era el 21 de marzo de 547. Fue enterrado en el lugar donde había levantado antes el oratorio de San Juan Bautista, en Monte Cassino.

La historia de la medalla

Los habitantes de Metten, Alemania, cuentan que había un hombre envidioso y sin escrúpulos que quería apoderarse de las tierras pertenecientes a la Orden de San Benito, que tenía un gran monasterio en esa ciudad.

Como no disponía de los medios legales para hacerlo, decidió recurrir a la ayuda de un grupo de hechiceras, pagándoles para que consiguieran que el diablo, al que servían, hiciera que los monjes abandonaran el lugar.

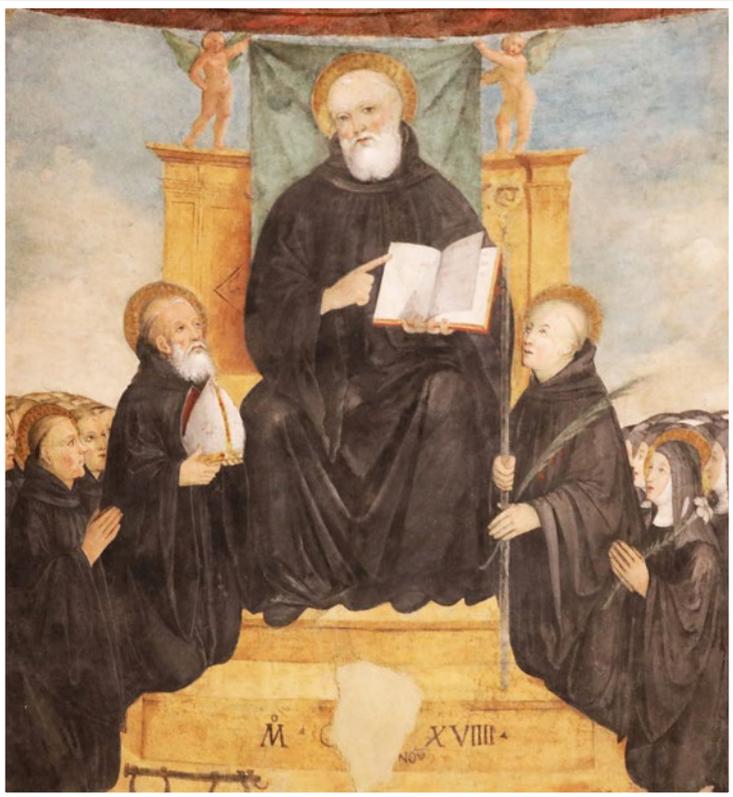
Durante mucho tiempo las brujas recurrieron a todo tipo de hechizos, pero no consiguieron nada, porque el poder del diablo era ineficaz contra los habitantes de aquel monasterio.

Indignado, el hombre quiso saber por qué había fracasado. Una de las hechiceras le explicó que no había nada que pudieran hacer allí donde estaba grabada cierta cruz. Disgustado

y también asustado, el hombre regresó a su casa y pronto cayó enfermo. Cuando estaba ya muriéndose, contó a los que lo rodeaban lo del demonio y la cruz.

La noticia se difundió rápidamente por toda la región y, cuando fueron a investigar, encontraron la imagen de la cruz de San Benito en varias partes del convento. Esta cruz, que en aquel momento ahuyentó al enemigo infernal y protegió el convento de Metten, es la misma que hoy encontramos grabada en la medalla de San Benito.

Aunque esta historia fue considerada una leyenda por muchos, en el siglo XVII, en Alemania, en un proceso contra unas mujeres acusadas de brujería, ellas reconocieron que nunca habían podido influir malignamente



contra el monasterio benedictino de Metten porque estaba protegido por una cruz. Hechas, con curiosidad, investigaciones sobre esa cruz, se verificó que en las tapias del monasterio había pintadas varias cruces con unas siglas misteriosas que no supieron descifrar.

Continuando la investigación entre los códices de la antigua biblioteca del monasterio, se encontró la clave de las misteriosas siglas en un libro del siglo XIV. En efecto, entre las figuras aparece una de San Benito alzando en su mano derecha una cruz que contenía parte del texto que se encontraba sólo en sus letras iniciales en la astas cruzadas de las cruces pintadas en las tapias del monasterio de Metten, y en la izquierda portaba una banderola con la continuación del texto que completaba todas las siglas hasta aquel momento misteriosas.

Mucho más tarde, en el siglo XX, se encontró otro dibujo, en un manuscrito del monasterio de Wolfenbüttel, que representa a un monje defendiéndose del mal, simbolizado por una mujer con un cuenco lleno de todas las seducciones del mundo. El monje alza una cruz contra ella, que contiene la parte final del conocido texto. Es posible que la existencia de esta creencia religiosa no provenga del siglo XIV, sino de mucho antes.

La representación más popular de la medalla es la llamada «Medalla del Jubileo», diseñada en la abadía de Beuron, Alemania, y acuñada especialmente para el Jubileo benedictino de 1880, que conmemoraba el XIV centenario del nacimiento de San Benito. Superiores benedictinos de todo el mundo se reunieron para la ocasión en la abadía de Monte Cassino y, desde entonces, la medalla se ha difundido por todo el mundo.

La Santa Sede ha atribuido a su uso la concesión de una indulgencia plenaria en la fiesta del santo, que se celebra el 11 de julio, siguiendo las condiciones habituales establecidas por la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice.

El significado de la medalla

En una cara de la medalla aparece la imagen de San Benito sosteniendo en la mano izquierda el libro de la Regla que escribió para los monjes y en la derecha la Cruz. En torno al santo se lee la siguiente jaculatoria:

EIUS IN OBITU NRO [nostro] PRÆSENTIA MUNIAMUR: «Que a la hora de nuestra muerte nos proteja tu presencia».



Algunas medallas actuales sustituyen esta frase por: *Crux Sancti Patris Benedicti*, o simplemente por la inscripción: *Sanctus Benedictus*.

También hay una imagen de una copa, de la que sale una serpiente, y un cuervo con un trozo de pan en el pico, en recuerdo de los dos intentos de envenenamiento de los que San Benito salió milagrosamente ileso.

En el reverso de la medalla vemos una cruz y, sobre ella y a su alrededor, las letras iniciales de una oración o exorcismo en latín. Las letras están grabadas entre los brazos de la cruz:

C. S. P. B.: *Crux Sancti Patris Benedicti*
— Cruz del Santo Padre Benito.

En el asta vertical de la cruz se leen estas iniciales:



C. S. S. M. L.: *Crux Sacra Sit Mihi Lux*
— Que la Santa Cruz sea mi luz.



En el asta horizontal se pueden leer estas
iniciales:



N. D. S. M. D.: *Non Draco Sit Mihi Dux*
— Que el dragón no sea mi guía.

En la parte superior de la cruz está grabada la palabra PAX — Paz, que es el lema de



la Orden de San Benito; a veces PAX se sustituye por el monograma de Cristo: IHS.

A la derecha de PAX están estas iniciales:

V. R. S. N. S. M. V.: *Vade Retro, Satana, Nunquam Suade Mihi Vana* — ¡Apártate, Satanás! No me aconsejes cosas vanas.

S. M. Q. L. I. V. B.: *Sunt Mala Quæ Libas, Ipse Venena Bibas* — Es malo lo que me ofreces, ¡bebe tú mismo tu veneno!

El Bautismo y la señal de la cruz

Notemos que, en estos breves textos explicativos, la victoria sobre el demonio se atribuye a la Cruz de Jesucristo, que es luz y guía para el fiel, y que se opone al veneno y a la maldad del tentador. Es un eco de la consagración bautismal, donde se impone la cruz al neófito, que es lavado con el agua de la regeneración y recibe la luz del Señor Resucitado, pronunciando también las palabras de renuncia al demonio y confiesa la fe.

Por ello, el cristiano que lleva la medalla no lo hace con una preocupación supersticiosa por apartar los malos espíritus, sino consciente que es por la presencia del Señor Jesucristo y una vida conforme a la gracia, como habrá de mantener alejado al diablo y sus tentaciones.

El fruto de esta devota práctica de llevar consigo la medalla, así como la protección de Dios, se alcanzan con una vida que sea respuesta coherente al Evangelio. Donde está la gracia divina, no puede penetrar el demonio. Pero el combate contra las asechanzas y tentaciones diabólicas no le va a faltar al fiel, pues el maligno quiere impedir su camino hacia Dios. Es entonces cuando la oración, la señal de la cruz, la invocación de Cristo, nuestro Señor, la devoción a la Santísima Virgen María y a los santos son necesarios.

El origen del poder de la Medalla de San Benito

La medalla no es en sí misma más que un trozo de metal con algunos símbolos acuñados. Sin embargo, su valor intrínseco reside en la vida y la fuerza espiritual de San Benito. Al igual que él recibió de Dios el don de estar espiritualmente cerca de sus discípulos, puede estar cerca de toda persona que tenga fe, lleve una vida recta, cumpla los mandamientos de la Ley de Dios y los mandamientos de la Iglesia, y le tenga devoción a él y a su medalla.

Todas las palabras allí grabadas, por sus letras iniciales, forman un pequeño pero poderoso exorcismo; y por la gracia que Dios ha concedido a su devoto servidor, estas palabras cobran

vida y se convierten en un escudo de defensa contra los ataques espirituales, una verdadera protección y una brújula que conduce a encontrar la paz, la misma paz que Cristo nos ofreció: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy Yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 27).

La fuerza de la fe de San Benito y su poder para curar a los enfermos y expulsar a los demonios provenían de su profundo amor,



respeto y veneración por la Santa Cruz, ante la cual el poder del mal no puede resistir. Su dedicación a la Cruz era tan grande que fue acostumbrando a los monjes, especialmente a los que no sabían escribir, a utilizarla como firma.

Llevar la medalla de San Benito con respeto y piedad es una salvaguardia para no caer en la tentación, recordando que las tentaciones son a menudo tan sutiles que ni siquiera nos damos cuenta de ellas y sólo nos «despertamos» después de haber cometido el pecado. Y es en estas pequeñas sutilezas donde se esconde el poder del mal, al igual que en esta pequeña medalla se esconde el tremendo poder del bien.

La gente suele colocar la medalla en los cimientos de los edificios nuevos como garantía de la seguridad y el bienestar de sus habitantes. Del mismo modo, todos los niños deberían recibir una medalla de San Benito al nacer y llevarla durante toda su vida.

También es muy importante que pidamos a un sacerdote que bendiga la medalla antes de ponérsela, para que se convierta realmente en un sacramental.

Llevarla colgada del cuello, en la cartera, como pegatina en el coche, en el llavero o en la puerta de casa carece de sentido si no se tiene fe y no se vive una vida íntegra y ordenada conforme a la voluntad de Dios.



ORACIÓN PARA PEDIR GRACIAS

Terminamos este libro con una oración a San Benito para pedirle las gracias que necesitamos:

Oh glorioso Patriarca San Benito, que siempre te has mostrado compasivo con los necesitados, concédenos que también nosotros, por tu poderosa intercesión, obtengamos ayuda en todas nuestras aflicciones; que la paz y la tranquilidad reinen en nuestras familias; que todas las desgracias, tanto corporales como espirituales, se alejen de nosotros, especialmente el mal del pecado. Alcánzanos del Señor las gracias que te suplicamos. Por último, te pedimos que, al final de nuestra vida terrenal, podamos alabar a Dios contigo en el Paraíso. Amén.



